

Con el título de "Sermones patrióticos" la Editorial Estrada cifre el volumen XII de su Biblioteca de Clásicos Argentinos, haz de sermones y discursos espidados en la cuantiosa producción del padre Esquiú.

La edición, ilustrada con un retrato del ilustre franciscano — reproducción del óleo de Jenaro Pérez existente en la Catedral de Córdoba —, incluye una lista de las ediciones precedentes, comprendidas entre los años 1855 y 1926, y, a manera de atrio, un amplio y sensato prólogo de Ricardo Zorraquín Becú, a quien pertenecen, asimismo, las notas meramente explicatorias prendidas al texto.

Integran el volumen el famoso sermón del 9 de julio de 1853 — que consagró a Esquiú como el orador de la constitución —, otros de los años 1854, 1856, 1861 y 1875, este último que trata con profundidad de las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y, por fin, un Discurso patrio y un Elogio fúnebre, de los años 1880 y 1881, respectivamente.

El amor a Dios y a la Patria, que inspiran en ellos su excelsa palabra, fueron móviles perennes de su vida, purificada en las fuentes del ascetismo y consagrada en favor de su pueblo.

No es el patriotismo sentimiento que circunscribe el ámbito de los afectos y de las predilecciones. Por el contrario, habiéndonos fijado la voluntad divina un espacio del planeta para cumplir en él nuestra vida y obra, ese sentimiento, cristianamente mesurado, ha de ser el motivo a que obedezcan nuestras acciones si deseamos ejecutar un acorde en la armonía del orden y la felicidad universal.

El padre Esquiú, acendrado patriota, "salía de su celda — dice Ricardo Rojas —, para anegarse en los sentimientos de la vida política y social del país"; y cuando lo hacía, señalaba la conducta más digna y conveniente que había de adoptarse para favorecer el orden trastornado por el imperio de las pasiones políticas, como consecuencia de éstas, por la confusión y la anarquía.

Dueño de un entendimiento lúcido y equilibrio y de una conciencia perfeccionada por la práctica y el ejercicio de la fe cristiana, lejos estaba de las luchas civiles y los intereses de partido, porque la conciencia de los partidarios es saco de paja que se consume en llamas con el primer chispazo de la agitación política. He aquí una sentencia sublime, desasida de uno de sus sermones: "Yo no tengo parcialidad, ni soy, ni quiero ser de los hombres, sino de Jesucristo que es el Bien, la Verdad y la eterna Justicia".

Así como la Iglesia tiene a éste por uno de los más fieles ministros del Señor, la crítica le concede la preeminencia en nuestra oratoria sagrada.

Un decreto del gobierno de la Confederación — 2 de mayo de 1854 —, firmado por del Carril y Gorostiaga, y en el que se ordena editar dos de sus sermones, lo compara con Lacordaire y Bossuet; Vélez Sársfield, a su vez, con el último y con Lamennais.

Apóstol del catolicismo, sus prédicas lo señalan como el orador de la conciliación. Porque su verbo, fuente de luz proyectada hacia paisajes interiores, desvanecía las sombras de la confusión, el prejuicio o la pertinacia, concertando los

espíritus, así como el cayado del pastor volvía los rebaños al redil, y con su gesto célico dulcificaba a la bestia montaraz aquel santo varón del "corazón de lis".

Orador genuino, en cuya formación intelectual no influyeron elementos del romanticismo que dominó en su época, la arquitectura de sus períodos oratorios, de contornos majestuosos, no esplende, sin embargo, con la ornamentación ampulosa, la pompa y el boato barrocos, ni ofrece las expansiones tropológicas con que suelen estar recargadas las oraciones religiosas. Porque el padre Esquiú, como auténtico predicador evangélico, no quiso deslumbrar con los efímeros destellos del meteoro, sino infundir una "luz suave y viva que no tanto entusiasmo, cuanto penetra hasta la división del alma y del espíritu; y que sin arrancar aplausos vanos, produce callada y poderosamente sólidas conversiones".

Por eso estas oraciones, de firme textura y contenido medular, con la alteza que les da la expresión grave y el pensamiento soberano, poseen una belleza perdurable que no es puramente la externa de la forma. Nutridas en la verdad y poesía de los Evangelios y alentadas por el más elevado sentimiento patriótico, muestran la admirable elocuencia de aquel esclarecido franciscano que, venido al mundo en ese valle de Ambato que huele a fragancias de naranjos, subió al púlpito y desde él hechó a volar su palabra sublime, predicando el amor entre los hombres y cantando las alabanzas al Señor.

Miguel Clemente Defelipe

NARCISO IRALA, Vida relámpago y control cerebral, La reeducación del control cerebral en la vida psíquica relámpago. Buenos Aires, 1945.

Ya los títulos y subtítulos de este libro, nos informan sobre el contenido del mismo.

Se trata de un método —expuesto con agilidad y brevedad admirables—, para curar cansancios mentales, divagación, insomnios y demás anormalidades a la que es tan fácil llegar en medios como el nuestro.

Cuántas veces tenemos oportunidad de observar personas que cultivan la vida de la inteligencia sin conocimiento de cómo se ha de cultivar; estudiantes que viven la vida intelectual sin saber cómo han de actualizarla para que ésta sea eficaz; nosotros mismos que vivimos vida consciente y racional, descontrolada tal vez y en la mayoría de los casos por no saberla controlar.

Algo de cómo hemos de solucionar estos problemas, tan frecuentes entre estudiantes (el surmenage, la indecisión, etc.), es de lo que nos habla este libro.

La Editorial Difusión ha realizado una prolija y ordenada como pedagógica presentación.

Creo que quien lea estas páginas —si ha experimentado alguna de esas anormalidades psíquicas—, sentirá —como he sentido yo—, un vivo agradecimiento al autor de ellas.

María del Rosario Fernández Alonso